

Catalina



Catalina J.P. nació en la localidad almeriense de Oria hace 93 años, su vida no ha sido nada fácil pero sigue siendo una mujer fuerte, de ideas claras y avanzadas. A Catalina la define muy bien una frase de Virginia Woolf “No hay barrera, cerradura ni cerrojo que puedas imponer a la libertad de mi mente”. Un ejemplo para todas.

Está claro que Catalina ha sido una mujer que no se ha ceñido a los moldes de la época y la sociedad, los ha roto. Ha sido una mujer luchadora, que ha mirado a los problemas de frente. Se ha negado a depender de nadie, ha educado a su hija y a sus hijos en valores como la igualdad, y sin distinciones. Tiene arraigo en su pueblo, donde los vecinos y vecinas la conocen y la respetan.

Catalina llegó al mundo en una familia con pocos recursos. Era la mayor de dos hermanas, y cuando su padre se fue a la guerra le tocó cuidar de la menor y ayudar a su madre a traer dinero a casa. Lavaba la ropa de la gente en fuentes y luego la repartía casa por casa para conseguir algo de dinero. Pronto empezó a tener inquietudes. Cuando veía a las niñas en el colegio envidiaba estar ahí aprendiendo. Tal era su deseo que un día cogió unas monedas y compró algo de material escolar para apuntarse a la escuela, pero cuando se enteró su madre se lo prohibió rotundamente. Un momento que la marcó pero que no le impidió, años más tarde, aprender a leer y a escribir ella sola, sin tutorías.

Nunca tuvo una figura materna referente. A día de hoy sigue echando en falta el cariño y el apoyo que nunca le dio su madre.

A los 16 años, después de solo nueve meses de relación, se marchó a vivir con su novio pensando que su vida mejoraría y tendría su apoyo. Se equivocó. Aquí empezó una relación tóxica con un hombre que nunca supo gestionar sus obligaciones ni sus adicciones. La maltrató física y psicológicamente. Bebía y

vendía lo que tenían para subsistir, en un contexto durísimo de posguerra. Catalina sola llevó el peso de la casa **“ él nunca pintó nada en la familia” asegura.**

Tal es así que decidió trasladarse a Andorra con él y con sus hijos para buscar una vida mejor, donde trabajó muchísimo para sacar a la familia adelante. Se fueron “con lo puesto” y poco a poco fue abriéndose camino, demostrándose a sí misma que si quería algo, con esfuerzo lo podría lograr. Trabajó en hoteles y por las noches tricotaba y bordaba, labores en las que fue completamente autodidacta.

Como recuerda, tras un largo periodo fuera decidió regresar, y a los cuatro años de volver a Vélez Rubio (Almería), donde se instalaron, su marido falleció. Más adelante conoció a otro



hombre al que desde el principio le puso límites: “nada de beber, nada de fumar, nada de bares y en mi casa mandó yo”, le aclaró. Con él asegura que conoció el amor y el respeto de pareja, estuvieron juntos 21 años, hasta que hace cuatro él falleció. Aunque con su segunda pareja fue feliz y tuvo una relación sana, Catalina insiste en que “si hubiese tenido otras posibilidades en aquella época, habría sido una mujer soltera y no me habría juntado con ningún hombre”.

Sus hijos viven lejos de Vélez Rubio, en Cataluña y Andorra, y su hija en Oria, su pueblo natal. Ella ha criado y educado a sus hijos y a su hija en valores como la igualdad y la honestidad. Nunca ha permitido que chicos y chicas tuvieran obligaciones diferentes. Nunca se ha dejado llevar por otras personas o por el “qué dirán”. Las normas sociales no la han condicionado en la toma de decisiones ni en elegir la forma de educar a sus hijos y vivir. Uno de ellos, murió de cáncer con 50 años y a raíz de esa pérdida, Catalina entró en un pozo. Cayó en una depresión que le hizo descuidarse, le costaba levantarse de la cama y hacer las labores más sencillas. Y como en tantas otras ocasiones fue ella la que se rescató a sí misma. Ella fue la que se miró y se dijo: “Mi hijo no querría verme así. Querría verme feliz”.

A partir de ese día, sin ayuda de nadie, alejó los pensamientos negativos y se prometió vivir con esperanza y alegría.

A día de hoy asegura que siempre ha tenido claro que ella debía buscarse la vida, traer su propio dinero a casa y ser independiente.

“Siempre he hecho lo que yo he creído bueno para mí y para mis hijos sin hacer daño a nadie”.

Uno de los pilares de la vida de Catalina ha sido su trabajo. Para ella tricotar y bordar “ha sido todo”, sustento, pasión y entretenimiento. Fue la forma de ganar dinero y sacar adelante a la familia. Además, tiene la satisfacción de que todas las casas de Vélez Rubio tienen algo hecho con sus propias manos. Durante toda su vida ha trabajado sin contrato, por lo que no ha podido cotizar y ahora solo cuenta con la pensión de viudedad.

Pero el espíritu luchador de Catalina no ha perdido fuerza con el paso del tiempo. **A los 65 años se sacó el carnet de conducir.** Aprobó la parte teórica a la primera porque memorizó el libro entero, asegura. A sus casi 93 años su día a día sigue siendo activo. Es madrugadora. Su día empieza a las 6:00 para hacer gimnasia en la cama. Estira sus músculos y mueve las articulaciones, además se da masajes a ella misma. La artrosis no le ha hecho mella en su estado de ánimo y lleva los problemas que le ha causado sin mucho pesar. Después, sale a pasear con su perra Laura, su mejor compañera. Tiene la suerte de contar con una auxiliar de la ayuda a la dependencia que le echa una mano en el hogar unas horas al día. Por las tardes suele hacer ejercicio con su bicicleta estática y ve algunas telenovelas.

¿Y la mente? Por supuesto que Catalina tampoco se olvida de esa parte esencial de la salud. Lee poesías antiguas y otras escritas por ella misma que ha publicado en un libro del que se siente muy orgullosa. Tiene una memoria privilegiada, y lo demuestra recitando poesías que tiene memorizadas.

Para las generaciones jóvenes tiene un mensaje muy claro: **“¿Por qué un hombre tiene más derechos que una mujer?”** Hay que enseñar a las hijas y a los hijos a vivir en igualdad, inculcarles que tienen que colaborar por igual en el hogar y en los trabajos”.

